

á pie, y nadie reparaba en ellos. Algunos hablaban con palabras mesuradas y gran sosiego; otros decían en voz muy alta: «Veremos, veremos.» En todas las calles que atravesamos habia largas mesas, y estaban sentados en su derredor hombres que escribían con asombrosa rapidez y fumaban al propio tiempo ricos habanos. Un espectáculo tan nuevo y variado me causó mucha sorpresa, y dije á mi Genio: «¿Qué ciudad es esta? ¿Qué figuras ónticas son las que la habitan?» El me contestó, acompañando sus palabras de una sonrisa muy significativa: «Estas son las figuras ónticas de los muchos que acaban de morir, y habitan provisionalmente en este planeta, que es el primer descanso de los recién llegados, para pasar luego á otros mas convenientes y análogos al papel que desempeñaron sobre la tierra. Todos estos trages, tan distintos y variados, son las modas que se suceden unas á otras sin interrupción, y habiendo transformado hoy á las mugeres en toneles con sus pomposos miriñaques, mañana las convertirán tal vez en momias, dando á sus vestidos la forma de una mortaja muy ajustada á su cuerpo. Los que recorren las calles en suntuosos carruages fueron hombres opulentos, pero sus riquezas les facilitaron el camino que conduce á este planeta, porque los regalos de una vida voluptuosa enervaron sus fuerzas y quebrantaron su salud. Los que dicen: «Veremos, veremos,» depositaron toda su confianza en los supuestos beneficios del tiempo, creyendo que llegaría el día en que verían realizados los ensueños de los milenarios, que aguardan una segunda venida del Mesías, y el reinado de la justicia y de la paz sobre la tierra durante mil años; pero murieron dejando al mundo en el mismo desórden en que le habian encontrado, y sucederá lo propio á todas las generaciones futuras. Los andrajosos, de quienes nadie hace caso, fueron todos literatos, que estudiaron griego y latin, esperando hallar á quien les protegiera, pero acabaron en el fondo de un hospital, recitando cada uno en su lengua estos versos:

Virtud, letras, ingenio, entendimiento
Y buenas partes pero con pobreza,
Si no reciben de quien puede aliento,
Haciéndoles favor con su largueza,
Son un molino que llamais de viento,
Puesto en lo alto de una fortaleza,
Que cuando el aire calma, está parado
Y su artificio desaprovechado (1).

Los que escriben, fueron todos periodistas *juramentados*.—Pero ¿á qué viene, Génio mio, en este lugar semejante palabra, que suele aplicarse en castellano á los que se eximen de alguna pena jurando?—Justamente: este es su verdadero sentido, y aquí viene como anillo al dedo, porque todos estos, antes de dedicarse al periodismo, juraron por la laguna Estigia, á fin de evitar toda escomunion política, no decir ni escribir jamás lo que su bueno ó mal criterio les sugeria.—Genio mio, te agradezco sobremanera el viaje que hemos hecho de uno á otro planeta, porque las figuras ónticas que he visto, me confirman en la idea de que en el mundo sublunar todo es farsa, y que el hombre, para vivir tranquilo necesita limitar sus deseos y escudarse con las armas de cierto estoicismo y santa tolerancia, que

puedan preservarle de aquellas pasiones desenfrenadas, que exaltan la imaginación, y del extraño pensamiento de alcanzar una dicha tan completa como irrealizable.—¡Muy bien! me complazco de haber contribuido á ponerte en buen camino, y para que tú persistas siempre en la idea de que rayan en la locura todas las doctrinas fantásticas de algunos filósofos charlatanes y reformistas á su manera, que se jactan de haber llegado á conocer los principios de una ciencia trascendental, cuyas aplicaciones pueden proporcionar á todo el linaje humano una felicidad perfecta y muy duradera, para que tú persistas, digo, en esta idea, voy á referirte antes de separarnos un cuento oriental, muy superior en mérito á todas las especulaciones metafísicas de este siglo.

«Abimalek—Aben—Husseyñ era un rey de Ormuz, á quien Mahoma y la fortuna habian prodigado inmensos dones; sus vasallos eran príncipes opulentos y poderosos, y su trono estaba rodeado de cortesanos y millares de esclavos, que porfiaban entre sí para cautivarse el afecto de su señor, ejecutando todos sus órdenes y sirviéndole con esmero. Estaban poblados sus establos de camellos y dromedarios, y era muy diestro en cazar tigres y leones. Vivía en un suntuoso palacio hermosado de amenos jardines, que abundaban en árboles frutales, y las flores de este nuevo Eden embalsamaban con sus esencias olorosas la atmósfera. Muchas colinas, revestidas de un perpétuo verdor, recreaban la vista, y parecían el último término de un gran panorama que se perdía en lo vasto del horizonte. En estos jardines habia estanques poblados de peces, cuyas escamas relucientes reflejaban con brillo los rayos del astro alumbrador del día; y los pajarillos que le saludaban con sus arpadadas lenguas al romper el alba, le despedían con sus cantos melodiosos cuando llegaba al ocaso. Una brisa suave y voluptuosa agitaba al caer de la tarde las hojas de los árboles, que parecían decir con ligero murmullo: «Abimalek, se feliz; tus odaliscas te adoran, tus vasallos te idolatran, y en el paraíso de Mahoma te espera una eterna dicha.

»Pero, á pesar de todo esto, el rey de Ormuz pasaba su vida sumido en dolores y amarguras: una tristeza, cuya causa todos ignoraban, postraba cada día mas sus fuerzas. Se mandaron venir médicos de Babilonia, magos de Egipto, brujos y hechiceros; pero nadie supo adivinar la causa del mal ni sugerir remedios. Fué entonces cuando se presentó en el palacio de Abimalek un dervich cargado de años, cuya barba canosa, que le cubria el pecho, su calva propia de la vejez, y el báculo en que se apoyaba inspiraban respeto y veneración: el dervich le dijo con voz trémula: «Señor, tu enfermedad es una afección moral, y un castigo de nuestro Profeta por las faltas de tu juventud; pero en su misericordia te ha perdonado, y te revela por mi boca, indigno musulman, que se disipará la pertinacia de tu mal poniéndote la camisa del hombre feliz. Ordena, pues, á cuatro de tus cortesanos, mas adictos á tu persona, que recorran toda el Asia, y que traigan la camisa del hombre que vive sin pesares en la paz y en la inocencia.» El monarca abrazó repetidas veces al dervich y ordenó á cuatro príncipes de su vasto imperio, marchasen en busca de la camisa milagrosa, llevando consigo cincuenta camellos cargados con aloe, mirra, tapices de Persia, telas de la India, oro y plata, para regalar todos estos objetos preciosos al hombre feliz que les proporcionará la camisa tan deseada.

(1). Cobarrubias.

Los príncipes recorrieron ciudades y aldeas, preguntando á los que aparentaban mas riqueza y alegría, si eran dichosos; pero la respuesta era siempre uniforme: «¡Ah! decía cada cual, estoy abrumado de tristeza; una suerte cruel me persigue, y la risa que se asoma á mis labios es engañosa.» Finalmente, los príncipes, frustrados en sus esperanzas, tomaron nuevamente el camino que conducía á Ormuz, afanosos y tristes, como un perro que ha perdido las huellas de un gamo ó de una fiebre, en cuyos delicados miembros esperaba clavar el diente para recibir en cambio caricias y halagos del cazador su amo. Habían recorrido ya buen trecho de camino, cuando tropezaron con un hombre que labraba la tierra: su cara tostada del sol, el sudor que surcaba su frente y sus mejillas, los andrajos que le cubrían el cuerpo manifestaban dolor y miseria. Los príncipes, con ánimo, tal vez, de darle una limosna, le dijeron: «¡Hombre infortunado, tú vives en penosos trabajos y amarguras!» El campesino contestó con noble fiereza: «Esto no es cierto: el trabajo da mas fuerza á mis miembros robustos, y un honrado sustento á mi familia: yo no deseo mas de lo que tengo y me juzgo muy feliz.» Apenas había desprendido de sus labios estas últimas palabras, cuando los príncipes, llenos de alegría, le cogieron con violencia, y le rompieron la casaca para apoderarse prontamente de su camisa. Pero, ¡oh desventura! el hombre feliz no tenía camisa.» Esto me dijo mi Genio, y puso término á su discurso con unos lindísimos versos, cuyo sentido únicamente he podido conservar en la memoria.—Volvieron á Ormuz con tristes auspicios los mensajeros que habían ido en busca de una camisa, y dijeron que los astros no habían secundado sus votos. Los que poseen, pues, ricas camisas no son felices, aunque el vulgo y sus aduladores les digan á cada instante, que llevan consigo fortuna y dicha.»

Este cuento oriental, que encierra un gran fondo de filosofía, y tiene en su apoyo la experiencia de todos los siglos, despertó en mi mente una multitud de ideas peregrinas y problemas científicos muy difíciles de resolver. Deseoso, pues, de manifestarlo todo á mi Genio, le dije: «No te separes de mí sin contestar primero á lo que voy á preguntarte: Es cierto que han sido vanos los esfuerzos de los hombres para alcanzar un estado de completa felicidad; es cierto que la imperfección de su naturaleza opone un dique á todas las especulaciones científicas, que salen del estrecho círculo del mundo en que habitan; pero es innegable al propio tiempo, Genio querido, que el hombre se eleva de vez en cuando con la fuerza de su espíritu á regiones misteriosas que no son las suyas, y que en todos los siglos los mortales han creído descubrir una relación oculta entre la tierra y los astros, en donde yo no he visto mas que figuras ónticas, y no seres que puedan revelar lo futuro y proporcionar felicidad perenne á los que viven en el mundo sublunar. Aclárame, Genio amado, si puedes y te es permitido, estos puntos envueltos en tinieblas muy espesas, que no alcanzo á disipar.» Me contestó en esta forma: «Un sábio brahman dijo á sus discípulos: imaginaos un millón de grandes vasos todos llenos de agua, sobre los cuales el sol esparce los rayos de su luz. Este astro refulgente, aunque único, se multiplica en cierto modo, y se representa en un mismo instante todo entero en cada vaso, reflejando en todos una imagen muy distinta. Estos vasos llenos de agua son nuestros cuerpos, y el sol es la figura del Ser Supremo, la imagen que representa cada uno

de ellos, representa cabalmente nuestra alma, creada á imagen del mismo Dios, superior bajo todos los conceptos á la materia y dotada de una inteligencia, cuyos destellos esencialmente divinos, descubren al hombre en ciertos casos, ó cuando menos le hacen entrever cosas que tienen un gran fondo de verdad. A este gran pensamiento del sábio brahman voy á añadir ahora la revelación de lo que sigue. La existencia del mundo y la del hombre debes considerarlas unificadas entre sí, y tan inseparables como el alma del cuerpo que vive, y quiero que sepas tambien que el globo sublunar es una reproducción de otros anteriores, que formaban parte de todo el universo, el cual en un principio fué único. Entonces no hubo toda esta multitud de cuerpos celestes, ni tanta diversidad de pueblos y razas; pero habiendo variado el sistema del universo, por causas que ignoramos, el cuerpo único se fraccionó en los muchos que vagan por los espacios, y que, sin embargo, se atraen por la homogeneidad de la materia de que se componen. A sus habitantes no es dable ponerse en comunicación, y los hombres destinados á vivir sobre la tierra, que formó parte del gran cuerpo único, se encuentran aislados de los que viven en regiones mas elevadas, y en planetas muy distintos de los que hemos visitado, y que sirven tan solo de morada á las figuras ónticas que has visto. Pero lo que sucede en el órden físico no se diferencia de lo que acontece en el órden moral, y la atracción de la materia no es mas que un reflejo muy ostensible de la que ejerce el pensamiento sobre los espíritus. Sentado este principio, no te será difícil de comprender, que una reminiscencia oscura ha hecho nacer en el ánimo de los habitantes de la tierra el deseo de reconquistar en el órden moral la unificación y la fuerza de aquella inteligencia primitiva, que lo abarcaba todo, y que conservando aun hoy los destellos de su esencia divina, conoce, aunque confusamente, el bien que ha perdido, que era la suprema de las felicidades. Porque entonces los hombres eran inmortales, y conocían lo absoluto, esto es, la perfección en sí misma y el modo de disfrutarla. A esta reminiscencia, pues, debes atribuir las investigaciones astrológicas, que se proponen adivinar lo futuro, contemplando los fenómenos celestes y el movimiento de los astros; esta reminiscencia dió origen á la filosofía de Pitágoras, el cual decía que los hombres tienen afinidad y cognación con los seres superiores, y que adquieren una especie de correspondencia ó vínculo con los dioses, mediante los astros, y otras cosas por el estilo, que pertenecen á la que se llama filosofía oculta.»

Después de este largo discurso, que me dejó sorprendido por la revelación de cosas que no me habían pasado nunca por la imaginación, mi Genio prorumpió en invectivas, primero contra la humanidad en general, y luego contra todas las profesiones, contra todos los oficios, contra todas las jerarquías sociales en particular: «Escucha, me dijo: el mundo en que tú vives ha sido habitado siempre por gente perdida, como te lo han dado á conocer ya en gran parte las figuras ónticas que has visto recorriendo los planetas. Los abogados desean y fomentan disensiones en las familias para entablar pleitos, y repartirse las fortunas de los particulares; los médicos desean que se escapen todos los males de la caja de Pandora, y que se multipliquen las enfermedades, para llenarse los bolsillos de dinero; los mercaderes no se quedan satisfechos con una moderada ganancia, y procuran engañar á los compradores, vendiéndoles gato por

liebre; los casados casi siempre desean enviudar; los solteros, y aun mas los solterones, son muy mala gente; entre dos ó mas hermanos se juzga muy afortunado el que puede usurpar una parte de la herencia paterna, y que vayan á pedir limosna sus otros hermanos, poco le importa; los amigos y compañeros procuran engañarse mutuamente. Pero en el mundo que tú habitas no hay gente mas ruin que los literatos, y siento que tú perteneces á esa clase que fabrica libros para trastornar la cabeza á los ciudadanos pacíficos. —Genio mio ¡qué descripción de calamidades y miserias es esta! ¿en el mundo no hay mas que engaños, perfidia, fraudes, alevosías? ¿Todos los hombres son perversos y ruines? —Los buenos son muy pocos, el retrato que acabo de bosquejar es real y verdadero, y podría probártelo con una multitud de ejemplos, llevándote á otros planetas; pero no puedo detenerme mas, porque me urge volar á Italia para asistir á su regeneración ó á sus funerales, y para decir á los anexionistas, que si siguen anexionando, podrá suceder muy bien que otros recojan el fruto de tantas anexionnes.» Estas últimas palabras produjeron en mí una emoción violenta; se exaltó mi espíritu, y deseoso de continuar la conversación, cogí del brazo con mucha fuerza á mi Genio para impedirle que volara á otras regiones. ¡Ay, desventural en aquel mismo instante me pareció ver temblar todo el firmamento y desperté lleno de susto, creyendo que una mano de hierro me hacia rodar por el espacio entre truenos y relámpagos.—Pero habia desaparecido ya mi Genio; no temblaba el cielo ni la tierra; no habia figuras fantásticas; todo era silencio y tinieblas en mi aposento. Entonces conocí que era un sueño lo que creia haber visto y oído, y exclamé con el poeta Metastasio: «Los sueños de la noche son una reproducción y una viva imagen, con colores mas ó menos estrafños, de lo que sucede durante el día.»

SALVADOR COSTANZO.

ANTIGUEDADES DE CALDAS DE MONBUY.

(CATALUÑA.)

I.

No vamos por cierto á ocuparnos de todas las curiosas antigüedades que se conservan en Caldas de Monbuy, villa tan célebre en tiempo de los romanos como ahora por sus famosas aguas termales, y no poco importante durante los calamitosos tiempos de la edad media. Consérvanse en ella, de aquellos remotos siglos, inscripciones que patentizan la gratitud que á los maravillosos efectos de sus aguas tuvieron los romanos; y de épocas posteriores, cuando el carácter gótico bizantino dominaba en la arquitectura, se ven todavía preciosos restos en adornos de puertas y ventanas, en esbeltas columnas y graciosos capiteles. El gusto especial arquitectónico conservado en los baños modernos recuerda el carácter que distinguía las termas romanas, y aun los baños árabes, de que parece se han hallado vestigios en el país; y al Norte de la población, las ruinas del castillo feudal de Monbuy, con sus muros y barbancas, su

plaza de armas, su torreón principal, la capilla señorial y el calabozo, trasladan la imaginación del viajero ó del anticuario á los caballerescos días de los esforzados condes de Barcelona, cuando Cataluña era uno de los primeros centros de civilización de Europa.

Suficientes son estas ligeras indicaciones para dar á conocer que no está la villa de Caldas de Monbuy desposeída de recuerdos históricos, pero esto mismo demuestra la imposibilidad de darlos á conocer en el breve espacio de un artículo. Uno de los literatos de mas nota del principado, que casi podría considerar la villa de Caldas como hijo adoptivo suyo, el señor Llovet y Vall-Ilosera, es quien podría dotarla de una historia completa, por haberse dedicado con especial cuidado á recoger toda clase de interesantísimos datos; pero mil diversas y graves tareas científicas le impiden coordinarlos por ahora como requiere una obra que se leeria con gusto no solo por los naturales sino tambien por los extranjeros.

Entretanto, pues, reuniremos aqui algunas de las noticias que podemos ofrecer á nuestros lectores, fruto de nuestras investigaciones históricas, concretándonos solo por ahora á la parte eclesiástico-literaria y monumental religiosa.

Verdaderamente, no parece sino que la iglesia de Caldas de Monbuy, de construcción sólida y elegante, una de las mas grandiosas del territorio del Vallés, está destinada á sufrir lamentables siniestros. El día 1.º de febrero del año 1697 fueron quemadas las puertas del templo, de la sacristía y del archivo de la comunidad. El 14 de enero de 1714 fué tambien incendiado dicho archivo, pero pereciendo entre las llamas la mayor parte de los documentos que en él se custodiaban. El 4 de abril de 1809 fué robado sacrilegamente el mismo archivo, y en la noche del 26 de enero de 1812, desapareció el *Libre mestre* de la comunidad parroquial, por entrar de improviso, procedente de Vich, una division de tropas francesas. Tambien fué robada la sacristía y la iglesia durante la noche del 16 de marzo de 1853, no padeciendo sin embargo los documentos antiguos que todavía se conservan en el archivo en escaso número, debiendo atribuir su salvación á rara casualidad en medio del voráz incendio que sufrió en 1714.

La biblioteca que existe en el mismo archivo debe suponerse que antes del desastre referido era mas numerosa, pero á pesar de que los volúmenes que hoy la constituyen se hallan destrozados en parte por las llamas ó por el transcurso del tiempo, deben conservarse como una preciosidad por ser producciones tipográficas de los primeros tiempos de la imprenta. Hay un libro impreso en Venecia en el año 1475, y la mayor parte, impresos casi todos tambien en Venecia, presentan fechas de los últimos años del siglo XV. Las *obras de Ciceron* llevan la fecha de 1484; la edición de las *obras de Aristóteles y de Averroes*, es del año 1496; siendo digno de estima un *Psalterium* impreso en Barcelona en 1506, por haber visto la luz en la capital del Principado que fué, como es sabido, la primera ciudad de España que tuvo imprenta.

Dos libros de sermones en latin, tienen manuscrita al pie de la última página una nota en que se indica haber pertenecido ambos á Pedro Miguel Carbonell, conocido archivero de la corona de Aragon. Una de las referidas notas dice así: *P. Mich. Carbonell comparavit pretio exolu-*

to. die XI^{ta} maii anno salutis 1487. Ferrando II feliciter regnante.—El contenido de la otra es el siguiente: *El XI^{ta} maii anno salutis (1487) P. M. Carbonello Reg. Archivario comparavit pretio exoluto. Ferrando II feliciter regnante.*—He aquí los títulos de la mayor parte de las antiqüisimas obras que forman la pequeña pero escogida biblioteca de los beneficiados de Caldas de Monbuy:

Agregatio clarissimi medici Jacobi de Dundis Paduani. Venetiis, 1481.

Vocabularium mamotrectum. Venetiis, 1479.

Fasciculus temporum. Venetiis, 1484.

Catholicon. Venetiis, 1495.

Rationale divinarum officiorum. Venetiis, 1499.

Sermones aurei de sanctis fratris Leonardi. Venetiis, 1475.

Divi Leonis Papae eloquentissimi ac sanctissimi sermones. Venetiis, 1482.

Summa Anthonini. Venetiis, 1487.

Libri sententiarum. 1476.

Suplementum croniearum. Venetiis, 1486.

Quotlibeta doctoris subtilis Scoti. Venetiis, 1490.

Secundus sententiarum doctoris subtilis Scoti. Venetiis, 1490.

Fidei fortalitium. Nurembergk, 1485.

Hieronimi Opera. Lugduni, 1518.

Operum Flavii Iosephi Historiographi. Parisiis, 1528.

Historiarum domini Antonini argumenta. Lugduni, 1527.

Summa Angelica de casibus conscientie. Argentine impresa, 1502.

Summa sacre theologie, divo Thoma Aquinate. Lugduni, 1568.

Constitutiones Clementis Papae Quinti.—Compilatio decretalium Gregorii noni. etc., etc.

El retablo mayor fué colocado en la iglesia en el año de 1741, á pesar de contar el templo fecha muy anterior. Así consta de un curioso cuaderno del mismo año titulado: *Libreta ahont está notat tot lo que ha entrat per lo Retaula major tant de la Universitat de la propia vila de Caldes, com de limosnas que diferents particulars han donat per ell, y axi mateix lo que se ha pagat.* El mencionado cuaderno está escrito por el vicario perpétuo en aquel año, don José Granés, y nos ha sido comunicado por el actual señor reverendo cura párroco don Ignacio Vilamala.—*No vulgau saber (dice Granés) los xascos quem viu en esta empresa; pero se lográ ab la gracia del Divino Señor y estigué tot llest als 15 de Maig 1741.*

Segun el curioso documento que refiere estas noticias, habiendo los padres del convento de San Francisco de Barcelona mandado hacer en 1738 un retablo á la italiana al maestro Buenaventura Gaitg, carpintero de la mencionada ciudad, le dieron para pagarle el retablo mayor que dichos padres tenían en su iglesia, y como aquel maestro supiese que la iglesia de Caldas le necesitaba, se avistó con el doctor don José Granés, presbítero y vicario perpétuo de la villa, ofreciendo dársele por 400 libras barcelonesas. Tuviéronse varias juntas, tanto en la sala secular como en la sacristía, resolviéndose que el comun secular daría 300 libras, los seglares y eclesiásticos 20 libras cada uno, y que por último se haría una *capta* por toda la poblacion y la parroquia, como se ejecutó en el mes de febrero de 1740. Recogieronse limosnas de 125 personas, cuyos nombres y donativos figuran en el cuaderno mencionado, constando

también los gastos ocasionados por la colocacion del retablo.

Consignaremos algunas de las fechas que hemos leído en la misma parroquial iglesia. Una de las pilas de agua bendita: 1565. La conclusion del campanario: 1634. La renovacion de las bóvedas: 1686. Esta última fecha la leímos en un ladrillo colocada sobre la primera bóveda de la iglesia. Dice así:

1686
MESTRA
MONTAU.

La familia *Montau* suena también en antiguos documentos. En uno de los libros del archivo de la comunidad se halla manuscrita la siguiente nota: *Llibre de Joan Montau, 1598.* De otro *Montau* (Francisco), existe una fundacion de causa pía en 1742. La firma del arquitecto *Montau* toscamente esculpida en un ladrillo, no creemos haya sido leída antes de ahora, por hallarse colocado en sitio poco accesible.

Mas coordinadas encontrarán nuestros lectores las siguientes noticias relativas á la iglesia parroquial de San Sebastian de Montmajor, sufragánea de la de Caldas, sacadas del informe pedido por el gobernador eclesiástico de la diócesis al reverendo cura párroco don Ignacio Vilamala, en 19 de agosto de 1858, acerca de si era ó no de pertenencia privada su capilla y casa adjunta. La iglesia de San Sebastian de Montmajor está situada al Occidente de la villa de Caldas, distante unas dos horas de áspero y tortuoso campo.

El estilo bizantino que forma el conjunto de la iglesia de San Sebastian de Montmajor, manifiesta á primera vista su antigüedad, si bien no se encuentra en su frontispicio ni en su pila, pavimentos ni paredes interiores, inscripcion alguna que señale el año en que fué erigida. Está fuera de duda sin embargo, que existía la referida iglesia y su casa adjunta, antes del año 1098, habiendo sido entregada segun parece, al monasterio de San Cucufate del Vallés, de la órden de San Benito; pues que en las bulas de Urbano II, en dicho año, y de Calisto II en 1120, á favor del mencionado monasterio, entre otras iglesias cuya donacion confirman se lee; *Ecclesiam S. Sebastiani de Monte majori cum ipso monte.* Ni las precedentes bulas de Silvestre II, año 1002, ni la de Juan XIII dada en 1007, ni la de Benedicto VI (llamado VII), espedita en 1038, hacen mencion espresa de dicha iglesia á favor del referido monasterio, lo cual manifiesta que fué adquirida por éste en el tiempo que medió desde el año 1033 al 1098, siendo de su patronato y debiendo estar por consiguiente dedicada al culto sagrado.

Consta que en 1402 era rector de San Sebastian uno de los presbíteros de la villa de Caldas, llamado Francisco Olivari, y en 1404 el obispo de Barcelona nombró curador de la misma iglesia á Francisco Farell, individuo de una de las familias mas opulentas y distinguidas de la comarca.—Por el libro de visitas del año 1413 (fólio 88), consta que el valor de la iglesia de San Sebastian era tan escaso que no pasaba de 30 libras, y solo tenia dos parroquianos á consecuencia de una de las pestes tan comunes en aquella época, peste que desolaría el territorio. Desde el año 1478, empezaron á crearse fundaciones á favor de dicha iglesia, y sus

parroquianos dieron sucesivamente pruebas del amor que á la misma profesaban, procurando su culto y los medios posibles para que pudiese competir su organizacion con la de cualquiera otra parroquia.

En 11 de mayo de 1587, la reverenda comunidad de Caldas resolvió que el presbítero presentado por el vicario perpétuo para servir la iglesia de San Sebastián de Montmajor, fuese admitido á todo lo general de la comunidad, durante su servicio en dicha iglesia. En el año 1600 fué visitada como sufragánea de Caldas, dejando el Ilmo. Sr. obispo mandatos al vicario perpétuo relativos á la misma.

Siendo verdadera parroquia y agregada á la de Caldas, fué preciso prefiar sus términos ó lindes que con el transcurso del tiempo se habrían confundido, originando inconvenientes trascendentales en punto de jurisdiccion. Con este motivo, reunidos en 1693 el reverendo don Lorenzo Serra, vicario perpétuo de Caldas, Antonio Farell, labrador obrero de San Sebastian, Juan Castellet, anímico de la parroquia de Caldas, Jaime Pujol de Caldas, bayle, y Pedro Sobregrau, labrador de Gallifa, bayle, pactaron y señalaron los términos de la parroquia de San Sebastian. En el año 1700, además de las rentas y fundaciones con que contaba, para cuyo cobro habia procurador formal de la obra, radicaban en la misma iglesia las administraciones del Rosario, del Santo Cristo, de San Isidro y de San Silvestre.

En 1727 fué visitada la referida sufragánea, y entonces la administraba y habitaba su casa parroquial un vicario amovible, el presbítero Matías Navarro. Durante las visitas de 1736 y de 1739, la administraba y habitaba el vicario amovible Toribio Roca. Fué tambien visitada en 1756, y contaba ya con cincuenta almas de comunión, habiéndose construido algunas casas junto á la antigua casa parroquial.

En 1774 era servida la iglesia por José Campdepadrós. En 1814 renunció el cargo de obrero por eleccion Lorenzo Solá. En este tiempo administró la referida iglesia hasta el año de 1842, el doctor don Pablo Vila y Prat. A este sucedió el vicario amovible don Jorge Solá, y á este el actual vicario con residencia fija, don Félix Casas.

Tales son las noticias históricas que respecto de la parte eclesiástica literaria y monumental religiosa de Caldas de Monbu, podemos ofrecer, como hemos dicho, á nuestros lectores. En otro artículo reuniremos mas noticias y nos ocuparemos de otras antigüedades, con el desaliño en verdad del viagero que acumula en su *album* mil diversos apuntes y recuerdos, pero con la rigurosa verdad y exactitud de arqueólogo, que no temiendo los peligros á que muy á menudo su curiosidad le espone, penetra en todas partes con avidez para contemplar las obras de antiguas generaciones.

(Se continuará)

JANER.

SINONIMOS CASTELLANOS.

CONSORTE, CÓNJUGE.

El estrecho vínculo del matrimonio está mas expresamente significado con la palabra *cónyuge* (vincido al mismo

yugo) que con la otra; pues *consorte* quiere decir que es una misma la *suerte* de ambos esposos, que hay entre ellos comunidad legal de bienes, aunque falte la conformidad de voluntades; mas aún esta recíprocidad de intereses no existiria sin la union *conyugal* que es su único fundamento; luego es más y primero el matrimonio (*conjugium*) que el *consorcio*. Esto no obsta para que, en los ilustrados tiempos que alcanzamos, muchos maridos y mujeres no sean *cónyuges* aunque convengan en ser *consortes*, ni para que no pocos, aunque empadronados en uno y otro concepto, no sean ni *consortes* ni *cónyuges*, pues ni se *ayuntan* ni se asocian.

Otras diferencias existen entre los dos vocablos. *Cónyuge* se usa más en plural que en singular; otra prueba de la cohesión, de la identificacion que dicho término supone. A causa, sin duda, de lo que á muchos y muchas agobia el sudicho *yugo*, parece que aún su recuerdo los mortifica, y llaman *consorte*, esposo ó esposa, marido ó mujer, pariente ó parienta, costilla..., cualquier cosa menos *cónyuge*, á la persona con quien contrajeron el *indisoluble lazo*.

Consorte además, y esto apoya tambien nuestro aserto, tiene aplicaciones extramatrimoniales que la otra voz no consiente; y no con referencia á dos personas solas (que son, ni más ni menos, las necesarias para un matrimonio, piadosamente hablando), sino á tres, ó diez, ó cuarenta. *Consortes* son, no *cónyuges*, los que litigan de consuno por intereses idénticos ó semejantes, y los reos acusados de un propio delito.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

BRIENZ Y SU LAGO.

El lago de Brienz, que tiene unos 12 kilómetros de longitud por seis de latitud, se estiende en direccion del Nordeste al Sudoeste: su profundidad, segun Saussure, alcanza hasta 167 metros en las cercanías de Giessbach. El Aar afluye á este lago por la estremidad del Sudoeste y viene á salir por la estremidad Nordeste, precipitándose, junto al castillo de Weissenan, en el lago de Hum. Péscanse en el lago de Brienz excelentes peces, mucho mejores que los que crian los lagos vecinos, siendo de notar entre otros el *aalback* y el *brienzing*, especie de arenques de un sabor delicadísimo, de los cuales hay dos clases: unos de color verdoso y otros azulados. En otro tiempo se les salaba y se hacia gran exportacion de ellos, siendo tanto lo que abundaban que, segun cuentan, hubo pescador que de una redada llegó á sacar doce ó quince mil. Los ribereños del lago se los arrojan á los puercos; pero en la actualidad van siendo cada vez mas raros, especialmente la especie azul que va desapareciendo de dia en dia.

El viagero puede embarcarse frente á Boningen, en la prolongacion que forma la rada de Interlaken, en una de las bonitas barquillas que conducen las mugeres de Brienz, remando con tanta agilidad como gracia tienen para entonar una cancion; pronto irá perdiendo de vista y dejando tras sí las sombrías montañas del Abendberg, y del Niesen; seguirá costeano las deliciosas márgenes del Iseltwald, ramillete de flores y verdura rodeado de agua, hasta llegar á la ribera del Gienbach, y por último verá desarrollarse al

otro lado los risueños y deliciosos paisajes de Ringgenberg, Niederried, Oberried, y Ebligen. Las poéticas habitaciones de estos sitios pintorescos bañan su pie en las aguas del lago y se apoyan contra las montañas que van formando magestuosas ondulaciones hasta los límites del Brienzergat, que cierra el paisaje al propio tiempo que separa al Oberland del canton de Unterwalden.

Brienz ó Brienz es una villa que á todo lo mas cuenta con mil doscientas almas, y está situada á orillas del lago y en la última pendiente que forma el Brienzergat, sirviéndole esto de barrera para defenderla de los vientos del Norte. El clima es apacible en extremo, y la villa ocupa un sitio muy pintoresco. Hállase dominada por una iglesia del siglo XIII, y por un antiguo castillo, que fué mansion de los barones de Brienz, antes que los barones de Ringgenberg se apoderaran de sus dominios; en Brienz, por lo tanto, hay una mezcla de tradiciones feudales que contrasta con los hábitos y gustos que dan los trabajos de la cultura y la industria. Muchísimas personas se ocupan en obras de ebanistería, y tallan objetos lindísimos en madera y cuerno. Algunas veces de una miserable cabaña sale un verdadero artista, que no ha tenido mas maestro que la naturaleza ni mas instrumento que un cuchillo, lo mismo que entre las bateleras, náyades que, sin embargo, menos graciosas que las que pinta Ovidio, suelen hallarse algunas que entonan en voz purísima y de maravillosa estension sus canciones nacionales. Un paisagista de mérito de la familia de los Girardet de Neufchatel, está domiciliado en Brienz, adonde sin duda le atraen las magníficas escenas de la naturaleza, fuente de inspiracion que el cielo ha concedido á los hombres capaces de comprender su magestad.

LAS DOS MISERIAS.

(TRADUCCION DE E. LEGOUVE.)

Pálido el rostro, abatidos
bajo el peso del dolor,
hallábanse dos enfermos,
bellos, jóvenes los dos.

El uno era rico, el otro
un pobre trabajador;
pero la pena igualaba
de entrambos la situación.

LUIS. ¿Qué tienes?

JUAN. Morir me siento
cada día.

LUIS. ¡Como yo!
¿Y ha mucho tiempo que sufres?

JUAN. Hace dos años, señor.

LUIS. ¿Y qué causa?

JUAN. ¡La miseria!
¡Hambre!

LUIS. ¡Cruel irrisión!
Por regalarme á la mesa
sufriendo cual ves estoy.

JUAN. ¡Un doctor me salvaría!

LUIS. Yo tengo á mi alrededor
tres..... ¡y me muero!

JUAN. En dos años

nada mi mal alivió!

LUIS. A mí un remedio por día
me receta mi doctor.

JUAN. ¡Y ni un día de descanso!
¡Siempre trabajando!

LUIS. Y yo

solo, pasando mis días
sin hacer nada..... ¡Es atroz!

JUAN. ¡La miseria me aniquila!

LUIS. ¡La riqueza á mí!

JUAN. ¡Oh, no, no!

¿Quereis quizá compararos
al pobre trabajador?

Vos al menos respirais

aire puro, veis el sol,

ó gozais junto á una estufa

del fuego el dulce calor!.....

Yo entretanto, febril, trémulo,

antes que el claro arrebol

luzca del alba, al trabajo

tengo que marchar veloz,

y en el fondo de un taller

triste como una prision,

aterido por el frio,

de una lámpara al fulgor

trabajo sin tregua... Esto

es sufrir, lo demas no.

Para mí no hay primavera

ni flores, ni aire, ni sol,

que soy pobre, y en el mundo

todo se compra, señor.

LUIS. ¡Aire! ¡flores! ¡primavera!

¡Mentira! ¡Sarcasmo atroz!

Yo he corrido toda Europa

buscando un clima mejor.....

¡nada! Solo he conseguido

en mi desesperacion

perder mi fé, mis creencias.....

que es un suplicio peor.

JUAN. Al menos cuando la fiebre

se cebe implacable en vos,

en lecho de blanda pluma

mitigareis el dolor.

Pero yo, aunque el sufrimiento

me haga perder la razon,

he de padecer callando

bañado en frio sudor,

y trabajar noche y día

sin tregua, sin compasion!

¡Vivir padeciendo, hasta

que de mí se acuerde Dios!

LUIS. Tú padeces..... ¡y te quejas!

Eres mas feliz que yo,

porque al menos á tí el mundo

te impone una obligacion;

pero yo aqui libre, solo

con mi mal, con mi dolor,

igual hoy que lo fué ayer

y mañana como hoy.

¡Vivir así!

JUAN. Si la vida
os inspira tanto horror....
¡mataos! Pues que sois libre
podeis disponer de vos.
Pero yo tengo dos hijos
y no puedo morir, no;
si yo faltara, quizás
murieran tras mí los dos.

El rico por algun tiempo
hondo silencio guardó,
hasta que dijo por fin
con débil y triste voz.

LUIS. ¡Juan, tambien tengo yo un hijo
y me inspiras compasion!
Tú me das lástima, pero
yo voy á causarte horror.
Mira mi semblante lívido,
contempla mi extenuacion.....
Ya me ves; en un cadáver
me ha convertido el dolor!....
Y sin embargo, otra cosa
mas en mí se aniquiló...
¡Mas moribundo que el cuerpo
tengo, Juan, el corazon!
¡Tú te quejas!... ¿Qué es tener
hambre, frios ó calor?
Solo el cuerpo muere, y éste
para la tierra nació.
¿Pero y el alma? ¡Sentir
muerta, sin fé, sin ardor,
el alma, el divino foco
de la santa inspiracion!
¡Tú te quejas! Cuando un hijo
llanto vierte abrasador,
¿no sufres con él? ¿No tratas
de consolar su afliccion?
Y si á tus rodillas sube
y con infantil candor
te pide un beso, ¿no sientes
que tu mal desapareció?
Pues bien; yo no siento nada;
un egoismo feroz
corroe mi aima: en el mundo
solo estoy yo... ¡siempre yo!
En mí murió la amistad,
el entusiasmo, el amor,
¡hasta para el hijo mío
tengo seco el corazon!

Sudoroso, palpitante,
el rico enfermo quedó,
abismado en pensamientos
negros como su dolor:
de pronto abre una gaveta
saca un pesado bolsón,
y al pobre Juan dice:

LUIS. ¡Toma!
¡Compra quietud, aire, sol!...
¡Ahí tienes oro!

JUAN. ¡Dios mio!
LUIS. ¡Ten, cobra fuerzas, valor!
Tal vez el viajar te cure...
¡Toma!...

JUAN. Señor... la emocion...
Pero ese dinero...

LUIS. En nombre
de tus hijos, tómallo.

JUAN. ¡Ah... sí!... ¡bendito seas!
¡Señor, que os bendiga Dios!

Juan salió de placer loco;
el enfermo sonrió
y dijo animado:—¡Creo
que me late el corazon!

Dos ó tres meses pasaron:
en una hermosa mañana
de estío, penetró un hombre
del rico enfermo en la estancia.

JUAN. ¡Señor!

LUIS. ¡Juan!

JUAN. ¡Sois vos!... ¡qué cambio!

Teneis la tez sonrosada.

LUIS. ¡Pues y tú!... Pareces otro...

¿Estás ya bueno?

JUAN. A Dios gracias.

LUIS. ¡Yo tambien! ¿Quién te ha curado?

JUAN. ¿Quién? La brisa de las playas.

¿Y á vos?

LUIS. A mí el hacer bien:

sí, la caridad me salva.

JUAN. ¡Por falta de aire moria!

LUIS. ¡Yo de egoismo! ¡Mas, habla!

¿Como ha sido?...

JUAN. Yo nací

en una aldea que baña
tranquilo el mar: en los días
de mis angustias y lágrimas,
volver al suelo nativo
era mi ilusion mas cara.
Allá corrí: ébrio de gozo
aspiré las puras auras
que el mar perfuma y envia
á las playas solitarias.
Como un niño en la ribera
contento y libre vagaba
viendo adormirse las olas
en las arenas saladas.
Oh, mirad, mirad mis brazos;
ahora robustos se hallan;
ahora podré trabajar
con alegría, con calma.
¡Al mar debo mi salud
y á las brisas de sus playas!
¿Y vos?

LUIS. Yo al darte aquel oro

sentí un placer en el alma,

santo, divino, inefable...

¡En mí nació la esperanza!

Un nuevo mundo de goces

ante mí se presentaba:
corrí del pobre al albergue,
ví sus penas, sus desgracias,
y me sentía dichoso
consolando aflicción tanta.

Cuando á gratitud movidos
mis secas manos besaban,
regándolas cariñosos
con abrasadoras lágrimas,
circular ¡ay, Juan! sentía



por mis venas nueva sávia,
conocí el valor del oro
que antes me tiranizaba;
en fin, Juan, hoy soy dichoso.
hoy se abre á la luz mi alma.

Lloro si llora mi hijo,
canto con él cuando canta;
hoy pienso en Dios, y conozco
que hice bien, y esto me salva.

IGNACIO VIRTO.